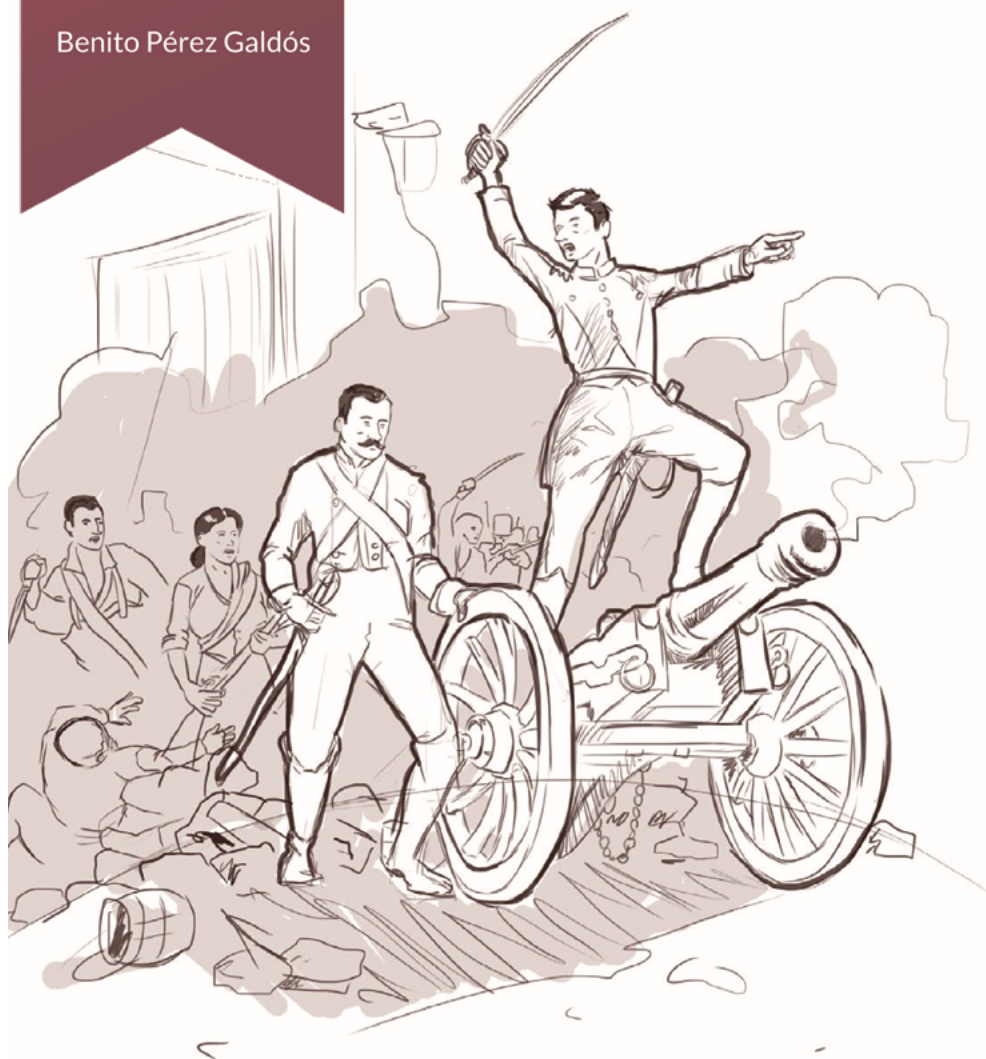


Episodios Nacionales

El 19 de marzo
y el 2 de mayo

Benito Pérez Galdós

Lectura
fácil



obras y
equipamientos

MADRID

Oficina de
Accesibilidad

Episodios Nacionales. El 19 de marzo y el 2 de mayo. En lectura fácil

© Ayuntamiento de Madrid, 2020

Adaptación a lectura fácil: Elena González Sabín. Adapta - Plena Inclusión Madrid

Validación de textos: Adapta – Grupo Amás/Amás Fácil

Diseño y maquetación: Yesser Publicidad, S.A.

Logotipo de lectura fácil en portada:

© Logo europeo de lectura fácil: Inclusion Europe. Más información en

<https://www.inclusion europe.eu/easy-to-read/>

Depósito legal: M-29279-2020

EPISODIOS NACIONALES

El 19 de marzo y el 2 de mayo

Versión en lectura fácil

Benito Pérez Galdós

Índice

Prólogo	9
¿Quién es Benito Pérez Galdós?	11
Época histórica de la novela	13
Los personajes principales de la novela.....	15
Capítulo 1. Romance en Aranjuez.....	17
Capítulo 2. La marcha de Inés.....	25
Capítulo 3. La visita al príncipe de la Paz.....	31
Capítulo 4. El motín del 19 de marzo	38
Capítulo 5. La caída de Godoy	42
Capítulo 6. La casa de los Requejo	48
Capítulo 7. Charlas nocturnas	53
Capítulo 8. La entrada del rey en Madrid.....	61
Capítulo 9. El encierro de Inés.....	67
Capítulo 10. La huida	73
Capítulo 11. El reencuentro con Don Celestino	79
Capítulo 12. El levantamiento del 2 de mayo	84
Capítulo 13. Inés y Don Celestino, presos de los franceses	88
Capítulo 14. Los fusilamientos.....	93

Prólogo

La adaptación a Lectura Fácil de un documento es un medio muy valioso para promover el acceso a su contenido a la mayoría de la población, puesto que facilita enormemente su comprensión lectora. Esta mejora de accesibilidad cognitiva al texto escrito contribuye de forma sustancial a que pueda ser disfrutado por muchas más personas y enriquece la experiencia del lector significativamente.

Por este motivo, el Área de Gobierno de Obras y Equipamientos del Ayuntamiento de Madrid, a través de la Oficina de Accesibilidad, ha querido impulsar la adaptación a Lectura Fácil del Episodio Nacional “El 19 de marzo y el 2 de mayo”, de D. Benito Pérez Galdós, uniéndose a las iniciativas realizadas en la ciudad de Madrid con motivo de la celebración en 2020 del Año Galdosiano. El proceso de adaptación y validación de esta novela histórica ha sido realizado por Plena Inclusión Madrid según la norma UNE 153101EX, ampliamente aceptada por la comunidad de expertos en esta materia, asegurando así el mayor alcance posible a todos los colectivos destinatarios.

Deseamos que la lectura de las vivencias de Gabriel, Inés y otros personajes de este Episodio Nacional acerquen al lector a ese Madrid de época imaginando así sus ilusiones y desvelos a través del texto e ilustraciones diseñadas para esta adaptación. Gracias a todas las personas, adaptadores y validadores, que con su trabajo e ilusión ayudan a acercar un poco más la obra de Galdós a toda la población.

Paloma García Romero,
Delegada del Área de Gobierno de Obras y Equipamientos,
Ayuntamiento de Madrid

Miguel Ángel Valero Duboy
Subdirector General de la Oficina de Accesibilidad

¿Quién es Benito Pérez Galdós?

Benito Pérez Galdós fue un escritor de novela español del siglo 19.

Nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1843 y murió en Madrid en 1920, cuando tenía 77 años.

Benito Pérez Galdós se fue a Madrid cuando tenía 19 años para estudiar Derecho y ser abogado pero nunca terminó la carrera.

Le interesaba la cultura, iba al teatro y participaba en reuniones con otros escritores.

Cuando tenía 24 años hizo su primer viaje a París donde conoció a otros escritores, por ejemplo, Charles Dickens que escribió Cuento de Navidad.

Benito Pérez Galdós escribió novelas muy importantes como Fortunata y Jacinta, Nazarín y Episodios Nacionales.

Los Episodios Nacionales son una serie de 46 novelas divididas en 5 series que cuentan la historia de España desde 1805 hasta 1880.

Época histórica de la novela

La novela cuenta lo que sucedió en España en 1808, desde el motín de Aranjuez hasta el levantamiento del 2 de mayo.

En esa época Carlos Cuarto era el rey de España y estaba casado con María Luisa de Parma.

Manuel Godoy era el secretario de Estado de Carlos Cuarto, algo parecido a un primer ministro, y el pueblo le llamaba el príncipe de la Paz.

El príncipe de Asturias era hijo de Carlos Cuarto y quería echar a su padre del trono para ser rey él.

Napoleón era el emperador de Francia. Napoleón y el ejército francés invadieron España y tomaron el control de algunas ciudades.

El 17 y 18 de marzo de 1808 fue el motín de Aranjuez. El príncipe de Asturias utilizó al pueblo para acabar con Godoy.

El motín fue una rebelión del pueblo.

Al final, asaltaron el palacio de Godoy y lo llevaron preso.

El 2 de mayo de 1808, el pueblo de Madrid se unió para luchar contra los franceses en una gran batalla. El pueblo de Madrid quería que los franceses se fueran de España.

El príncipe de Asturias empezó su reinado como Fernando Séptimo en marzo de 1808. Él reinó en España durante unos meses y después estuvo preso 6 años durante la Guerra de la Independencia Española.

La Guerra de la Independencia Española fue una guerra entre España, Reino Unido y Portugal contra el Imperio Francés de Napoleón.

Fernando Séptimo regresó a España cuando terminó la Guerra de la Independencia Española en 1814. Él fue el rey hasta que murió en 1833, cuando tenía 48 años.

Los personajes principales de la novela

Gabriel es un chico de 17 años que trabaja en Madrid y es el protagonista de la historia.

Don Celestino es el cura de la parroquia de Aranjuez.

Inés es la sobrina de Don Celestino y novia de Gabriel.

Doña Juana es la madre adoptiva de Inés

Don Mauro Requejo es el tío de Inés y hermano de Doña Restituta Requejo.

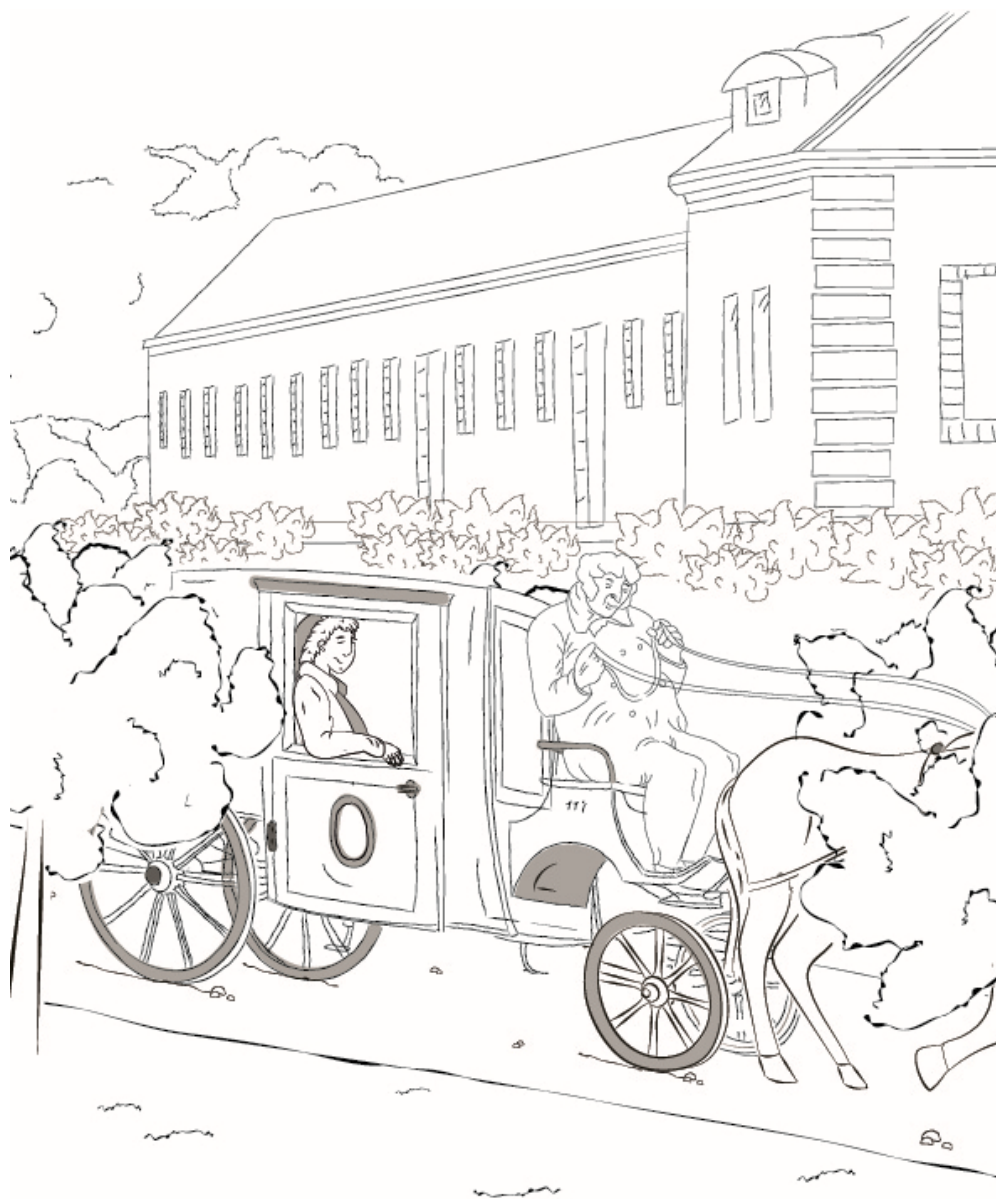
Doña Restituta Requejo es la tía de Inés y hermana de Don Mauro Requejo.

Santurrias es el sacristán de la parroquia, es decir, el ayudante de Don Celestino.

Juan de Dios es un empleado de la tienda de los hermanos Requejo en Madrid.

Capítulo 1

Romance en Aranjuez



Mi nombre es Gabriel y en marzo de 1808
ya llevaba 4 meses trabajando en la imprenta
del Diario de Madrid.

Me esforzaba en hacer bien mi labor en aquel sótano oscuro
y agobiante en el que trabajábamos
en una situación de abuso.
El encargado era un hombre negro, grosero y maleducado.
La vida era triste y aburrida, pero mi alma se sentía libre
y buscaba ir más allá de este trabajo.

Cuando mis compañeros hablaban de sus amores,
yo les contaba todo sobre mi amiga Inés:
“Inés tiene 16 años, es huérfana y pobre,
pero es linda e inteligente.
Vale más que todos los sabios juntos.
Vive en Aranjuez con su tío Don Celestino,
que es cura y buena persona.
Con la ayuda de Dios, Inés será mi mujer algún día”.

¡Me pasaba el día pensando en Inés!
Día tras día, semana tras semana, mes tras mes.

Los sábados eran para mí de una belleza incomparable.
La luz era más clara, las personas estaban más alegres
y la ciudad era más bella.

1. Romance en Aranjuez

A eso del mediodía del sábado,
yo empezaba a preparar mi viaje a Aranjuez para ver a Inés.
Acordaba las condiciones
con el dueño del coche de caballos,
me lavaba 1, 2, 3 o 4 veces hasta quitar los restos de tinta
de mis manos y mi cara y dormía un poco.

El reloj de la Iglesia del Buen Suceso
sonaba a las 12 de la noche
y yo me vestía a toda prisa con el traje nuevo,
subía al coche de caballos y empezaba el viaje.

Dejábamos atrás la ciudad de noche
y cuando por fin amanecía
veíamos el gran valle en el que se juntan
el río Tajo y el río Jarama.
Pasábamos por el puente largo y la calle larga
y al fin poníamos el pie en el Real Sitio de Aranjuez.

En esos domingos, repetíamos la escena.
Yo busco entre los árboles la torre de la iglesia y corro.
Don Celestino está dando misa,
entro cantando gloria en voz baja
y busco a Inés entre los grupos de mujeres.
Al terminar la misa, Inés se levanta
y me busca entre los hombres.

Por fin, nos vemos, aunque no decimos ni una palabra.
Estamos nerviosos y nos reímos de todo.

Vamos a casa de Don Celestino cogidos de las manos,
comemos los 3 juntos y, si hace buen tiempo,
salimos a pasear por el Jardín del Príncipe.
Inés y yo vamos delante
y Don Celestino detrás apoyándose en su bastón.
A nosotros nos gustaría estar solos
y charlamos con la mirada y con las palabras.

Va pasando el día y por la noche me despido.
Estoy alegre y triste, vuelvo a Madrid a mi posada.

El lunes es un día de malestar, de pereza y de aburrimiento,
pero tengo que volver a trabajar.
Una de mis labores de hoy
es hacer un anuncio en la imprenta:
“Se necesita joven de 17 o 18 años que sepa de cuentas,
afeitar, peinar, guisar y con buenas referencias.
Don Mauro Requejo”.

Me quedo pensando, porque ese nombre me suena de algo.

En uno de mis viajes de los domingos, al llegar a Aranjuez,
Inés me dice que Don Celestino está muy contento
porque ha recibido una carta de Madrid.

¿De quién? Le pregunté a Inés.

¿Quién podría escribir desde Madrid?

Inés no sabía nada más, solo que Don Celestino le dijo que eran buenas noticias para ella.

No hablamos más y entramos en el cuarto de Don Celestino. Había una cama, una mesa, 2 o 3 sillas, un mueble con cajones, un crucifijo y una virgen. Además, había muchos libros, papeles de música y poesías. Desde la ventana, se veía un huerto y olmos a lo lejos.

Nos sentamos Inés, Don Celestino y yo.

Don Celestino - Gabrielillo, quiero leerte una poesía en latín que he compuesto para el príncipe de la Paz, mi paisano, amigo y pariente y que me ha llevado una semana. Ya sé que tú no eres hombre de letras, pero eres espabilado y podrás entenderla.

Gabriel - Pero Don Celestino, yo no sé latín.

Le dio igual y empezó a leer 400 versos.

1. Romance en Aranjuez

Inés me dirigió una mirada sabia con la que quería decirme que me callara y escuchara con paciencia a su tío.

Gabriel - Don Celestino,
¿va a leérselo al príncipe de la Paz?

Don Celestino - ¡Pues claro! Al príncipe de la Paz
le gusta el latín.
Por cierto ¿qué dice la gente por Madrid?
Aquí están bastante alarmados.

Gabriel - En Madrid la gente no sabe qué pensar.
Temen a los franceses y dicen que el rey
no dio permiso para entrar
a tantos soldados.
Piensan que Napoleón se burla de España.

Don Celestino - La gente no sabe de lo que habla.
Quieren saber tanto como los que mandan
y dicen disparates.

Gabriel - En España, los reyes están asustados,
el príncipe de la Paz confundido,
y Napoleón engaña a todo el mundo.
Los franceses se metieron en Pamplona,
Barcelona y San Sebastián.

1. Romance en Aranjuez

El ejército español está que echa chispas,
Carlos Cuarto está en un apuro
y algunas personas dicen
que se marcha a Cádiz y luego a América.

Pero los partidarios del príncipe de Asturias
están muy contentos
porque podrá subir al trono
si su padre Carlos Cuarto se marcha.

Don Celestino - ¡Mentecatos, necios!
Pero Gabriel, vamos a comer,
que ya es hora.

Inés trajo la comida y Don Celestino nos contó por fin
el contenido de la carta que había llegado de Madrid.

La madre de Inés tenía un primo en Madrid,
Don Mauro Requejo, que era comerciante de telas.
Este primo y su hermana nunca habían ayudado
a la madre de Inés en la pobreza
e Inés no tenía buenos recuerdos de ellos.

1. Romance en Aranjuez

Pero Don Celestino insistió en que estaban arrepentidos
y querían llevarse a Inés a Madrid
porque tenían mucho dinero
y podían vivir con todas las comodidades.

Inés estaba confundida por el cambio de actitud
de sus crueles parientes y yo la apoyé.
Si Don Mauro era un canalla antes,
¿por qué iba a ser ahora un santo?

Ese mismo día Don Mauro y su hermana Doña Restituta
se presentaron en casa de Don Celestino.

Capítulo 2.

La marcha de Inés



2. La marcha de Inés

Don Mauro Requejo era un hombre torpe, incapaz, pesado, y parecía que le estorbaban sus propias manos.
Se tocaba la barba recién afeitada y movía mucho el cuello.
Su cara era redonda, la nariz mal colocada, los ojos verdes y tenía 2 o 3 dientes sucios y con caries.
La risa de Don Mauro era repentina y sonora.

Doña Restituta era alta y flaca,
y sus manos largas y feas.
Tenía poco pelo en la cabeza y vello en la cara.
Yo diría que pasaba los 40 años.
Doña Restituta, a diferencia de su hermano,
sabía estar quieta y tenía soltura a la hora de comportarse.

Entraron en el cuarto Don Mauro y Doña Restituta
y abrazaron a Inés de forma exagerada cuando la vieron.

Allí estábamos presentes Don Mauro, Doña Restituta,
Don Celestino, Inés y yo,
pero solo hablaban ellos 3
porque Inés y yo guardamos silencio.

Don Mauro y Doña Restituta hablaban de su honestidad,
de las tierras que compraban
y de las comodidades que tenían en Madrid
porque no les faltaba un plato para comer.

2. La marcha de Inés

Inés estuvo callada toda la conversación hasta que Don Mauro le dijo que ese mismo día se la llevaban a Madrid.

Inés exclamó - ¡Cómo! ¡Esta tarde!

Doña Restituta - Hija mía,
no disimules tu amor por nosotros.

Don Mauro - Nosotros vamos ahora a ver unas tierras
y por la tarde te recogemos
para llevarte a Madrid.

Los hermanos se fueron
y dejaron a Inés pasmada y a mí, furioso.

Tal era mi asombro que le pedí a Inés
que nos dejara solos a Don Celestino y a mí para hablar.

Gabriel - ¿Será usted capaz Don Celestino
de consentir que Inés vaya a vivir
con ese ganso de Don Mauro
y la lechuza de su hermana?

Don Celestino - Hijo, Don Mauro Requejo es muy rico
y puede darle a Inés las comodidades
que yo no puedo.

2. La marcha de Inés

- Gabriel -** Don Mauro me parece un farsante.
Como usted sabe,
Inés es hija de una mujer de la corte del rey
y Doña Juana lo que hizo fue cuidarla
como si fuera suya.
Don Mauro y Doña Restituta
seguro que lo han descubierto
y piensan que la niña es un tesoro.
Creo que Don Mauro
quiere casarse con ella.
- Don Celestino -** Cálmate, muchacho,
yo creo en las buenas intenciones
de esa gente.
Inés va a vivir como una princesa
y se casará con algún comerciante rico.
- Gabriel -** ¡Alto allá, señor mío!
Inés se casará conmigo.
- Don Celestino -** Hazme el favor de decirme cuánto ganas tú
en la imprenta.

2. La marcha de Inés

- Gabriel -** Gano poco dinero, señor.
- Don Celestino -** Eso no basta, chiquillo.
Inés se va a Madrid con Don Mauro.
- Gabriel -** ¿Y no puedo buscar un destinillo?
Una plaza en la administración.
Ya sé que hay pocas
y muchos españoles las quieren.
Usted podría hablar
con el príncipe de la Paz en mi favor.
- Don Celestino -** ¡Ah! El día que visité al príncipe de la Paz
fue muy agradable.
Es amable y cariñoso
en sus gestos y palabras.
Me preguntó por mi parroquia.
Mañana tendré el honor de poner los pies
en su palacio para leerle mi poema.
- Gabriel -** Yo iré con usted mañana
y le pedirá un destinillo para mí.
Le diremos que somos parientes.

Don Celestino - ¿Parientes tú y yo?
Eso es una mentira y yo no miento.

Modera tus comentarios,
eres un joven sin experiencia.
¿Acaso sabes latín?
¿Cuáles son tus méritos?
¿Qué has conseguido en la vida?

Así discutimos un rato
y al fin conseguí convencer a Don Celestino
de que me llevara con él
ante el príncipe de la Paz, Manuel Godoy.

Inés no disimuló la antipatía que le producían sus tíos.
Pero Don Celestino dijo que con ellos estaría mejor
e Inés no se atrevió a decir nada más.

A las 4 de la tarde llegaron Don Mauro y Doña Restituta.
Inés se arrojó llorando a los brazos del cura
y yo le dije en voz baja que iría a buscarla.

Entraron los 3 en el coche de caballos y se fueron.

Don Celestino rompió a llorar.
¡Se la llevaron!
Yo no pude decir ni una palabra.

Capítulo 3.

La visita al príncipe de la Paz



3. La visita al príncipe de la Paz

Al día siguiente por la mañana,
Don Celestino me dejó una camisa limpia
para ir a ver al príncipe de la Paz.

Ya de camino, el cura sacó el poema en latín
y empezó a leerlo en voz alta para ensayar
por si tenía que leerlo delante del príncipe de la Paz.

Don Celestino - ¿Sabes que Santurrias,
el sacristán de la parroquia,
dice que el príncipe de la Paz
no va a durar más de 2 días
porque le van a cortar la cabeza?
Y que nuestros queridos reyes
temen a Napoleón
y van a marchar a Andalucía
para luego ir a las Américas.

Gabriel - Pues anoche oí lo mismito en la taberna
y la gente hablaba con desprecio
del príncipe de la Paz.

Don Celestino - Creo que los amigos
del príncipe de Asturias quieren pelea
y por eso,
hay tanta gente extraña en Aranjuez.

3. La visita al príncipe de la Paz

Con esta conversación llegamos al palacio, pasamos entre los guardias y fuimos hasta la entrada, donde uno de ellos nos preguntó dónde íbamos. Don Celestino le respondió que queríamos ver a Su Alteza Godoy, el príncipe de la Paz.

Pasamos a una habitación muy grande donde vimos a otras personas que también estaban esperando.

Uno de ellos se acercó a saludar a Don Celestino y le preguntó en voz baja:

Hombre - ¿Tenemos viaje de los reyes a Andalucía?
Todo el mundo lo asegura.
Napoleón tiene en España
100 mil hombres,
han venido tropas de Madrid
y por la calle hay personas maleducadas,
groseras y con ganas de pelea.
¿Qué quieren los franceses?

Don Celestino - ¿Pero usted cree tales historias?
Pongamos que los franceses
vienen con malas intenciones.

3. La visita al príncipe de la Paz

¿Qué pueden hacer
unos cientos de hombres
contra nuestro ejército?
El viaje de los reyes es una invención.

En ese momento,
nos avisaron de que Su Alteza Godoy quería vernos.
Todos los que esperaban en la sala nos miraron con envidia.

Godoy era un hombre muy simpático, de buenos modales
y ojos vivos que estaba ocupado revisando unos papeles
que parecían importantes.

Don Celestino estaba muy nervioso
y empezó a hablar sobre su poema en latín.
Godoy le contestó que ya había oído hablar del poema.

Se dirigió a mí
y me pidió le apuntara mi nombre en un papel
para que me dieran una plaza
en la oficina de Interpretación de Lenguas.

Don Celestino no pudo responder a la confusión
porque el poema lo había escrito él, no yo.
Yo no sabía latín.

3. La visita al príncipe de la Paz

Godoy se marchó disculpándose porque tenía asuntos importantes que atender.

Don Celestino quedó confundido, pero yo estaba satisfecho con nuestra visita a Godoy porque iba a conseguir trabajo.

Al volver a casa de Don Celestino, vimos militares, borrachos y muchas personas que no conocíamos. Dejé en casa a Don Celestino y recorrí las calles del pueblo. La gente estaba enfadada por la noticia de que los reyes se marchaban a Andalucía y creían que era un pacto entre Godoy y Napoleón para quedarse ellos con España.

Entre tanta gente encontré a mi amigo Lopito, que hacía tiempo que no nos veíamos, y fuimos a cenar a la taberna del tío Malayerba.

Yo no podía volver a Madrid porque con tanto alboroto el viaje era demasiado caro y pasé el día siguiente paseando con Lopito por los jardines y en la taberna.

Descubrí que el príncipe de Asturias pagaba a los militares y a todas esas personas que causaban alboroto.

3. La visita al príncipe de la Paz

Además, tenían el apoyo de algunos ministros.
El príncipe de Asturias quería ser rey.

La taberna estaba llena de gente
que llegaba de todas partes.

Más tarde, al entrar en casa de Don Celestino,
me lo encontré muy contento,
convencido de que todo había sido una invención
de Santurrias, el sacristán de la parroquia.

Don Celestino - ¡Menos mal, Gabriel! Que susto tenía.
La gente está contenta
con el príncipe de la Paz.
¡Pensé que íbamos a tener un motín!
¿Sabes tú lo que es eso?
La gente gritando, rompiendo cosas,
pegando y pidiendo la muerte
de algún ministro o rey.

En ese momento, entró Santurrias
burlándose de Don Celestino.

Santurrias - Mañana, mañana, mañanita, señor cura.
Ya veremos si hay motín.

3. La visita al príncipe de la Paz

Al día siguiente tampoco encontré quién me llevara a Madrid y fui con mi amigo Lopito de nuevo a la taberna. Había caras nuevas, personas de Madrid, militares, escritores, granujas y ladrones.

Yo solo podía pensar que eran estúpidos y sus intenciones me repugnaban.

Entre los gritos alguien dijo: ¡Que hable Pujitos!

Pujitos era un hombre español de cuerpo pequeño, morenito y que no sabía leer, pero tenía el don de hablar en público y la gente escuchaba sus exageradas historias.

Pujitos se subió a la barra de la taberna y habló.

Pujitos - Señores, Godoy ha vendido España a Napoleón.
¡Queremos que el príncipe de Asturias sea rey!
Esta noche Godoy va a dar explicaciones de todo lo que nos ha robado a los españoles.

Salimos todos de la taberna, recorrimos las calles del pueblo y otros grupos se unían a nosotros. Cada vez había más personas.

Capítulo 4.

El motín del 19 de marzo



4. El motín del 19 de marzo

Yo no sabía cuáles eran las intenciones reales
de aquellas personas
y creo que ellos tampoco.

Llegamos a los terrenos cercanos al palacio de Godoy.
La noche de aquel 19 de marzo de 1808 era tranquila, triste
y había estrellas en el cielo.
Solo oía a las ranas croar
y algún susurro de las personas que estaban a mi alrededor.

De pronto, el silencio y la oscuridad se interrumpieron
con un tiro y la multitud corrió hacia el palacio.
La gente gritaba ¡que muera Godoy!,
encendían antorchas, tiraban piedras a los cristales
y tumbaron la puerta del palacio.

La multitud entró y destrozó todo a su paso.
Alguien encendió una gran hoguera.
Los sofás, vasos, cuadros y todo lo que había en el palacio
lo tiraban por las ventanas.

Lo único que se salvaban eran las cruces
que una persona las ponía en una bandeja de plata
para llevárselas al rey.

¿Dónde está Godoy?, preguntaban algunos.
Pero no le encontraron y yo me alegré.

4. El motín del 19 de marzo

Con el paso de las horas, las hogueras se apagaron.
Me marché a casa.
Todo lo que había visto y oído me repugnaba.

Cuando llegué a casa de Don Celestino,
me encontré a aquel buen hombre nervioso, con fiebre,
la sotana vieja y un paño en la cabeza.
Caminaba por el pasillo y hablaba solo.

Don Celestino - Los hijos de Santurrias tocan las campanas
sin parar desde hace horas.
Les he dicho que paren,
pero no me hacen caso y se ríen de mí.
Son unos granujas.
Pero, cuéntame, ¿qué ha pasado, hijo?

Gabriel - Godoy ha huido,
los soldados apoyaban el motín.

No pude terminar de contestar a Don Celestino
porque en ese momento entraba Santurrias borracho
y dispuesto a burlarse de Don Celestino otra vez.

Santurrias - ¡Que muera Godoy!

Don Celestino - ¡Cállate de una vez Santurrias!
Eres una vergüenza para la Iglesia
y un borracho.



4. El motín del 19 de marzo

Santurrias continuó diciendo barbaridades
en latín y castellano
y por fin calló al suelo con un gran ronquido.

Pasó la noche y ya amanecía.
Los pájaros cantaban.
Don Celestino secaba sus lágrimas
y comentó que iba a dar misa
y a pedir por el príncipe de la Paz, Godoy.

Las campanas seguían sonando.

Capítulo 5.

La caída de Godoy



5. La caída de Godoy

Me pasé todo el día durmiendo porque estaba agotado.
Por la noche fui a la taberna a ver a Lopito
y charlamos sobre el príncipe de Asturias y el rey.

A la mañana siguiente, había mucho alboroto en la calle
y la gente salió de sus casas rápido gritando:
- ¡Ya apareció, ya le cogimos, ya es nuestro!

Fuimos todos al palacio.
El príncipe de la Paz había estado escondido en el desván,
pero con el paso de las horas prefirió salir
y entregarse a los que antes eran sus guardias.

Todos estábamos en la puerta del castillo
y nos dábamos codazos
para poder estar más cerca de la puerta.
Las mujeres gritaban.

Un hombre dijo que Godoy no saldría vivo de aquel lío.
Le pregunté qué le había hecho Godoy.
Me contó una historia,
pero me cansé de escucharle
y me giré hacia otro lado.

De pronto apareció Godoy en la puerta del castillo.
Tenía la cara blanca como la nieve, los ojos morados
y los brazos caídos.

5. La caída de Godoy

Ese hombre ayer era ministro, jefe de los ejércitos,
amigo de los reyes y de los españoles.
Hoy no era nada y estaba en la miseria.

La gente gritaba más fuerte, maldecían e insultaban.
Querían pegarle puñetazos
y él, con su mirada triste, pedía piedad.
Algunos militares a caballo le protegían
para que la masa de gente no le matara.
Los hombres le tiraban piedras
y trataban de clavarle navajas.
Las mujeres le tiraban barro.

Fue un momento muy agobiante.
Parecía que la gente se iba a comer a Godoy.

Godoy tenía la ropa rota y llena de sangre,
y echaba espuma por la boca del miedo que tenía
cuando le metieron en el cuartel.

Santurrias se hizo una herida en la cabeza
con una piedra que alguien tiró durante el jaleo.
Lopito y yo le llevamos corriendo a casa de Don Celestino.
Los 4 hijos de Santurrias empezaron a llorar
al ver a su padre sangrando.

Don Celestino - ¡Castigo de Dios ha sido esto!
¡Por todas las maldades que dices!
Gabriel, cuéntame, ¿qué ha pasado?

Le conté lo sucedido como pude.

Don Celestino - ¡Voy al instante!
Quiero ver al príncipe de la Paz.
Lo que está pasando es espantoso.
Entiendo que algunas personas
estén descontentas con el gobierno
o que no les guste algún ministro,
pero esto no tiene perdón de Dios.

Cuando llegamos al cuartel,
Don Celestino pidió ver al prisionero.
Él calmó a la gente que seguía gritando
y entró a ver a Godoy.

Yo fui a la iglesia a pensar sobre las barbaridades
que hacemos las personas algunas veces.
La iglesia estaba llena de viejas
que esperaban a Don Celestino para la misa.

Al rato, llegó Don Celestino.
Tenía la cara blanca del susto y la tristeza.

Don Celestino - ¡Ah, Gabriel!
El príncipe de la Paz estaba tumbado
lleno de sangre.
¡Pobre amigo mío!

La culpa de todo esto
la tiene el príncipe de Asturias
y sus amigos.
Él quiere ser rey y que su padre se marche.
Por eso ha organizado todo esto.
Si vieras a Godoy cómo me cogía la mano
y lloraba.
No sé qué decir en el sermón de hoy,
estoy atontado.
Pero haré un esfuerzo.

Don Celestino habló en su sermón
de las personas desagradecidas
y las viejas que estaban en la misa lloraron.

Ya estaba oscuro cuando unas personas me avisaron
de que salía un coche de caballos para Madrid
a las 10 de la noche.

Decidí marcharme de Aranjuez,
pero antes fui a la taberna a pasar un rato.

Allí estaban Lopito, Pujitos
y muchas personas más
bebiendo vino y celebrando el motín.

Un grupo de hombres entró en la taberna gritando
que la corona había pasado del rey Carlos Cuarto
al príncipe de Asturias.
Todos salieron corriendo hacia el palacio
para ver al nuevo rey.

Yo no quise ver ni oír nada más de aquello
y fui a despedirme de mi amigo Don Celestino.

Don Celestino estaba cuidando a Santurrias y a sus 4 hijos.
Don Celestino estaba triste por la caída de Godoy
y el motín de Aranjuez.

Nos despedimos con un gran abrazo
y me pidió que le informara de cómo estaba Inés.

Salí de la casa y del pueblo.
Desde el coche oía los gritos de alegría de las personas
que estaban delante del palacio.
Pensé, ¡qué necios son!

Capítulo 6.

La casa de los Requejo



Llegué a Madrid, dejé el equipaje en casa y me arreglé. Fui a hablar con un amigo que tenía una tienda cerca de los Requejo. Quería preguntarle sobre la riqueza y el carácter de Don Mauro y Doña Restituta.

Mi amigo - Ese Requejo es un mal bicho.
 Son ricos porque no comen.
 La gente del barrio habla mal de ellos
 y dicen que tienen una caja
 con mucho dinero en el sótano.
 Doña Restituta nunca sale de casa
 porque tiene miedo de que les roben.

Estas noticias confirmaron mis sospechas sobre los Requejo.

Me acordé de aquel anuncio de la imprenta:
“Se necesita joven de 17 o 18 años que sepa de cuentas, afeitar, peinar, guisar y con buenas referencias. Don Mauro Requejo”.

Pensé en presentarme para el puesto de trabajo y de esta forma estaría cerca de Inés. Mi único miedo era que se acordaran de mí.

Pero la verdad es que apenas me habían mirado en casa de Don Celestino aquel día en Aranjuez que se llevaron a Inés.

Cuando vi la tienda, me temblaron las rodillas. La tienda de los Requejo estaba en la calle de la Sal. Vendían telas, lanas, pañuelos, perfumes y prestaban dinero a cambio de joyas. Si las personas no devolvían el dinero a los Requejo en el plazo de tiempo acordado, ellos se quedaban con las joyas.

Entré en la tienda, solicité el trabajo a Don Mauro y a su hermana y negociamos las condiciones.

Doña Restituta- De momento barre todo el almacén, copia las cuentas, lava la vajilla, enciende el fuego, limpia el polvo y los zapatos de mi hermano. Ya te iré dando más tareas. Aquí se viene a trabajar.

Puse toda mi voluntad en las tareas para que me aceptaran y poder estar cerca de Inés.

La tienda era muy pequeña.

6. La casa de los Requejo

La trastienda era el almacén y el comedor a la vez. Todas las telas, lanas y perfumes estaban allí almacenados con cierto orden. La mezcla de olores de perfumes, lanas y comida que había en la trastienda era horrible.

De la trastienda se subía al entresuelo por una escalera estrecha y peligrosa.

En el entresuelo había un pasillo tan oscuro que ni de día entraba un rayo de luz. Había varias salas todas oscuras y con muebles viejos y gastados.

En una de esas salas estaba Inés cosiendo camisas todo el día, desde las 5 de la mañana hasta las 11 de la noche. La pobre Inés no podía leer ningún libro, ni cantar, ni hablar de Don Celestino ni de su madre. Solo podía salir de la sala para comer.

En el entresuelo, también estaba la habitación en la que dormían Doña Restituta e Inés y otra en la que dormía yo, al lado de la cocina.

La casa era triste y oscura.

6. La casa de los Requejo

Había ratones, pero Don Mauro ponía jaulas para cazarlos. No había perros, ni gatos, ni flores, ni risas ni cantos.

En la tienda trabajaba Juan de Dios. Era un hombre de unos 40 años, con la cara amarilla, muy soso, aburrido y torpe. Llevaba 20 años haciendo lo mismo todos los días. Sus tareas eran abrir la puerta, barrer, colgar y cortar las telas, decir los precios, llegar a acuerdos con las clientas y contar el dinero.

Doña Restituta y él habían acordado casarse algún día, pero pasaban los años y ninguno tenía interés.

Capítulo 7.

Charlas nocturnas



7. Charlas nocturnas

Por las noches, después de cenar, rezábamos el rosario y charlábamos una hora y media en la trastienda. En esa charla participábamos Don Mauro, Doña Restituta, Juan de Dios, Inés y yo y algún vecino cercano. Ese día vino el vecino Lobo.

Lobo - ¡Señores, hoy estamos de enhorabuena porque tenemos nuevo rey! Madrid está lleno de luces y banderas.

Don Mauro - Nosotros no salimos, que tenemos trabajo. Nos ganamos el pan como Dios manda.

Lobo - La gente ha quemado la casa de la madre y el hermano de Godoy. ¡Se lo tienen merecido por robar la riqueza a los españoles! Inésita ¿cómo está? ¿Y usted, Juan de Dios?

Doña Restituta - Inés es una vaga como su madre. Sabe coser, pero le faltan ganas para trabajar.

7. Charlas nocturnas

Lobo - Pues yo creo que Inés es buena chica porque es callada, modesta y decente. Es fácil quererla.

Doña Restituta - Ya le dije a Inés, que hicimos un gran esfuerzo para traerla a Madrid y que tiene que trabajar. En Aranjuez vivía en la pobreza con ese cura.

Lobo - Conozco a ese cura amigo de Godoy. Creo que le llevaba las cartas de Godoy a Napoleón para repartirse España. ¡Pero ya le cogeremos! Vamos a denunciar al cura por traición. Mi primo se va a quedar con su parroquia.

Inés estaba asustada por lo que estaba escuchando. Juan de Dios parecía preocupado por lo que decía el Lobo.

Lobo - Pero bueno, ¿Cuándo se casan ustedes, Doña Restituta y Juan de Dios? ¿Y usted, Don Mauro, con Inesita?

7. Charlas nocturnas

Don Mauro - Ya se lo he dicho a Inés,
pero no me ha contestado.

Doña Restituta - Ya te dije, hermano,
que si Inés se porta bien y trabaja
no hace falta hablar de esto aún.
Porque las chicas se ponen muy tontas
con estos temas del matrimonio.

Don Mauro - ¿Y por qué no puedo decirle
que me quiero casar con ella
y que me gusta?
Le voy a comprar un collar
y unos pendientes de oro.

Don Mauro sonrió y trató de acariciar a Inés.
Pero ella se apartó rápido y puso cara de desprecio.

Don Mauro - ¿Qué es eso, niña?
¿Qué modales son esos?
¡Encima de que me caso contigo!
Eres una caprichosa y una maleducada.

Inés - ¡Yo no me caso con usted!
Me han sacado de Aranjuez,
donde era feliz,

7. Charlas nocturnas

y me han traído a esta miseria de casa.
Pero mi tío vendrá a buscarme.
¿Casarme yo con usted?
¡Prefiero morir!

Don Mauro agarró a Inés por el brazo
y la sacudió con mucha fuerza contra la pared.
El Lobo y Juan de Dios calmaron a Don Mauro.
Doña Restituta nos mandó a todos a la cama.

Después de un rato, salí de mi habitación y oí a Inés llorar
y a Doña Restituta tratar de calmarla.
Don Mauro y el Lobo seguían en la trastienda.

Lobo - Doña Juana recogió a Inés
cuando era una niña y la crio.
Pero su madre es una señora
de la corte del rey
que tiene muchas tierras, caballos y olivos.
Si usted se casa con Inés, será rico.

Don Mauro - ¡Pero ya la ha visto!
Es una desagradecida.

7. Charlas nocturnas

Lobo - Deben tratarla mejor para que sea feliz.
Nada de coser ni lavar.
Con las amenazas y los encierros
solo van a conseguir que les odie.

Don Mauro - Yo quiero tratarla como una princesa,
pero mi hermana no me deja.
También quiero comer y vestir mejor,
pero mi hermana manda mucho.

Siguieron hablando un rato
y yo me fui a la cama sin hacer ruido.
Al día siguiente, Don Mauro trató de calmar a Inés
y ganarse su confianza.

Don Mauro - Hermana, no quiero que Inés trabaje más.
Pagaremos a otras personas
para que hagan el trabajo.
Sácame el traje nuevo
y vete a la compra que quiero comer mejor.
¡Aquí mando yo!

Doña Restituta no estaba de acuerdo,
pero no quiso discutir.

7. Charlas nocturnas

Don Mauro - Inés, te he comprado un vestido de raso verde y terciopelo amarillo, unos zapatos azules y unas medias rojas con rayas negras. Ponte guapa para ir a ver al rey ¡porque lo mando yo!

Inés se resistió a ponerse esa ropa tan ridícula y Don Mauro se enfadó.

En los 3 días que llevaba en la tienda no pude hablar con Inés ni una sola vez. Doña Restituta encerraba a Inés y guardaba la llave en su bolsillo.

Pero en un momento que Doña Restituta estaba atendiendo a unos clientes me acerqué a la puerta de Inés.

Inés - Gabriel, ¿eres tú?
¿Vas a sacarme de aquí?

Gabriel - Inés de mi corazón, soy yo.
Habla bajo.
Te voy a sacar, no llores.
Te quiero.



7. Charlas nocturnas

Inés - Te quiero, Gabriel.

Besamos la puerta cada uno de su lado.

Capítulo 8.

La entrada del rey en Madrid



8. La entrada del rey en Madrid

El 24 de marzo de 1808, Madrid estaba adornado con flores,
abanicos, cintas de colores y luces.

Había mucha gente en la calle para ver al nuevo rey.
Los niños no iban a la escuela ni los mayores a trabajar.
Era un día de fiesta.

Don Mauro y Doña Restituta se lavaron
y se vistieron
con sus mejores ropas.

Inés se negó a ponerse la ropa
que Don Mauro le había comprado
y se vistió de negro.

Las personas se agolpaban y nos costaba caminar.
La calle era como un río de gente,
estaba llena de personas,
así que nos quedamos en la Puerta del Sol.
Había muchos franceses, con sus bigotes y sus sables.

Cuando el rey ya se acercaba en su caballo blanco,
la multitud empezó a empujar.
Estábamos muy apretados
y nos costaba hasta respirar.

Inés y yo nos separamos de Don Mauro y Doña Restituta.
Nos abrazamos muy fuerte.

8. La entrada del rey en Madrid

No nos importaba el rey, ni las flores, ni nada,
solo queríamos estar juntos.

Gabriel - Inés de mi corazón, somos libres.
Estamos fuera de esa horrible casa.
Yo te devolveré a tus padres que son ricos.

Inés - ¿Yo tengo padres?
¿Qué estás diciendo?

Gabriel - Tú no eres hija de Doña Juana.
Tu madre es una señora muy rica.
Yo quiero que seas feliz.

Inés - No entiendo nada de lo que dices.

En ese momento, Inés notó que le cogían el pie.
Era Doña Restituta que se arrastraba entre la gente.
Éramos prisioneros otra vez.
Los hermanos Requejo
nos habían encontrado entre la gente.

Pasaron muchos días sin poder hablar con Inés.
Doña Restituta la vigilaba todo el tiempo
y Don Mauro estaba enfadado porque se había dado cuenta
de que era imposible que Inés le amara.

8. La entrada del rey en Madrid

Pensé un plan para salvar a Inés.
Me ganaría la confianza de los Requejo.

Si algo les gustaba a los hermanos Requejo era el dinero,
así que le pedí a Doña Restituta que guardara mi sueldo.

Pese a mis esfuerzos,
nunca me dejaron las llaves de la casa cuando salían.
Siempre las guardaba Juan de Dios.

Juan de Dios llevaba varias semanas despistado
y cometía algunos errores en la tienda.
Un día que estábamos solos, estuvimos hablando.

Gabriel - ¿No es muy triste que Inés esté encerrada?
 ¿Por qué no la dejan estar libre por casa?

Juan de Dios - Gabriel, tienes razón.
 Inés es buena chica, trabajadora y humilde.
 Aquí la tratan mal.
 ¡Qué locura es esa de que Don Mauro
 quiere casarse con ella!

Gabriel - Deberíamos sacarla de aquí entonces.

8. La entrada del rey en Madrid


Juan de Dios - Te voy a contar un secreto:
estoy enamorado de Inés.
Es tan bonita y dulce.
Yo nací en Francia
y me he pasado la vida trabajando.
Nunca había sentido el amor
hasta que conocí a Inés.

Gabriel - ¡Pues sáquela de aquí!
Usted tiene las llaves de toda la casa.

Juan de Dios - Tengo todas las llaves menos esa.
Pero voy a hacer una copia
para poder sacarla de ahí.
¿Tú crees que ella me amará?
He comprado un ramito de violetas
¿se lo metes por el hueco de la puerta
y le dices que es de alguien que la ama?

Gabriel - Claro, señor, así lo haré.

Fui a la puerta de Inés y le di el ramito de violetas.



8. La entrada del rey en Madrid

Gabriel - Inés, toma estas flores que te compré.
Mételas por dentro de la ropa
para que no las vea Doña Restituta.
Te quiero, Inés.

Inés - Gracias por las flores.
Te quiero, Gabriel.

Capítulo 9.

El encierro de Inés



Aquella noche vinieron a la tertulia el Lobo y Doña Ambrosia, una vecina.

Doña Ambrosia - La gente tiene miedo y no gasta dinero. Todo lo guardan por lo que pueda pasar con los franceses. Algunas personas dicen, que Carlos Cuarto vuelve a ser rey. ¡Demonios de franceses!

Don Mauro - ¡Que se queden aquí los franceses! Van a venir a comprar a mi tienda toda la ropa que necesitan y voy a ganar mucho dinero.

Doña Ambrosia - ¡Que no! Los franceses no tienen dinero. Solo se irán cuando nos hayan robado todo lo que tenemos los españoles.

Doña Restituta - Si hay levantamiento de los españoles contra los franceses y en la batalla mueren algunos, no pasa nada.

Doña Ambrosia y el Lobo se fueron al rato. Don Mauro se quedó haciendo cuentas y pensando en su riqueza.

Doña Restituta, Inés y yo nos fuimos a dormir.

Cuando ya estaba muy dormido, me llamó Doña Restituta. Me levanté y allí estaban hablando los hermanos.

Doña Restituta - Yo ya estaba dormida, cuando Inés empezó a hablar en sueños. Decía: "Juro que te querré siempre, aunque sea condesa, princesa y rica". Y nos insultaba, hermano. Entonces se despertó y al levantarse se le cayó un ramito de violetas que llevaba escondido entre la ropa. Me daban ganas de matarla.

Don Mauro - ¿Quién le ha dado el ramo?

Gabriel - Anoche vi a un joven en la calle, mirando hacia la ventana de Inés y lanzó algo. Pero yo no vi a Inés porque estaba oscuro. Yo puedo vigilar a Inés, si quieren.

Don Mauro - ¡Esto no se puede aguantar! Esta semana me caso con ella.

¡La encerraré en el sótano
sin agua ni comida
y bajaré a pegarle si me da la gana!

Don Mauro parecía el demonio en persona.

Dicho y hecho, a la mañana siguiente
taparon la ventana de la habitación de Inés
con maderas y clavos.

Inés no podía salir de la habitación ni para comer
y Doña Restituta no se separaba de ella
en ningún momento.

Ya no podía hablar con Inés ni verla.

Cada día que pasaba, los hermanos la trataban peor.
Tenía que pensar un plan rápido para escapar con ella.

Don Mauro salía mucho de casa
para hablar con los franceses de negocios,
pero Doña Restituta no salía nunca.
Se me ocurrió mandar a una mujer
a hablar con Doña Restituta
para que le engañara y saliera.
¡Funcionó! Y Doña Restituta salió.

Me acerqué a la puerta de la habitación de Inés y le dije que recogiera sus cosas y estuviera preparada para escapar.

Luego fui a ver a Juan de Dios, que estaba en la tienda, hablando con 2 franceses.

Parecía que conocía a uno de ellos porque mantenían una buena conversación medio en español, medio en francés, y se dieron un apretón de manos al despedirse. Los franceses se fueron.

Gabriel - Vamos, amigo, es la hora de sacar a Inés porque los hermanos no están.

Juan de Dios - He escrito una carta de amor.

Gabriel - Muy bien, pues deme la copia de la llave y le doy la carta a Inés.

Juan de Dios - No te doy la llave.
No quiero que veas a Inés.
Solo puedo verla yo porque soy celoso.

En ese momento llegó Don Mauro con 2 amigos y hablaban muy alto.

Don Mauro pidió a Juan de Dios que saliera a hacer un recado.

Con tanto alboroto,
pensé que era un buen momento para escapar.
Recé un momento y forcé la cerradura de la puerta de Inés.
Salimos corriendo sin perder un minuto.

Ya era de noche
y en la escalera nos cruzamos con el Lobo.

Lobo - ¿Dónde van ustedes?

Gabriel - ¡A usted que le importa!

Lobo - ¡Os escapáis de esta santa casa!
¡Eres un ladrón!

Nos cogió a Inés y a mí tan fuerte por el brazo
que no podíamos soltarnos.
Inés lloraba y se desmayó.

Vino Don Mauro al oír los gritos y varios vecinos más.

Capítulo 10.

La huida



10. La huida

- Doña Restituta -** ¡No lo puedo creer!
¡Inés se escapaba con Gabriel!
Gabriel es un ladrón, un sinvergüenza.
- Gabriel -** Sí, vieja bruja, nos íbamos juntos.
- Don Mauro -** Tenemos metido el infierno en casa.
Esto es una desgracia.
¡A la horca va Gabriel!
- Lobo -** Tranquilos, amigos míos.
He descubierto que Gabriel
era amigo de Godoy
y que le iba a conseguir trabajo.
Vamos a acusar a Gabriel de traición,
igual que a Don Celestino.
Por cierto,
Don Celestino se fue de Aranjuez
y seguro que ha venido a Madrid.
Yo me encargaré de todo.
Ustedes solo tienen que guardar a Gabriel
hasta mañana por la mañana.
- Don Mauro -** ¡En el sótano lo vamos a encerrar!
Nadie podrá sacarlo de ahí,
solo Dios.

10. La huida

Pensé que era mi final.
Me insultaron, me pegaron y me encerraron.
El sótano era oscuro y solo había silencio.
Las paredes eran de ladrillo.
Solo pude sentarme, rezar y pensar en mi desgracia.

Pero a medida que pasaban las horas
se hacía fuerte en mi cabeza
la idea de que Inés y yo seríamos libres
porque éramos buenas personas.

Oí un ruido de algo metálico
y entró un poco de luz en el sótano.
Vi unos pies que bajaban por la escalera
y la luz de una linterna me deslumbró.
Era Juan de Dios que puso cara de terror al verme.

Gabriel - ¡Juan de Dios! ¡Soy yo, Gabriel!

Juan de Dios - Pero, ¿qué haces aquí muchacho?

Gabriel - Me encerró Don Mauro
cuando fui a darle a Inés la carta de amor
que usted me dio.

10. La huida

Juan de Dios - Escúchame, Gabriel,
los Requejo tienen en el sótano
todo el dinero.
He bajado para coger mis ahorros
porque no me los van a dar si se los pido.

Gabriel - ¿Qué pasa con Inés?

Juan de Dios- Esta noche me la llevo y será mía.
Cuento con tu ayuda.
Quiero ir a una isla desierta.
¿Serán desiertas esas que llaman
las islas Canarias?
¿Sabes tú cómo se va hasta allí?

Juan de Dios y yo pensamos un plan para salir de allí.

Era de noche.

Subí las escaleras del sótano
y me dirigí a la habitación de Doña Restituta e Inés.
Las mujeres estaban dormidas,
pero Doña Restituta se despertó
y al verme se asustó tanto que la expresión de su cara
era de terror.

Gabriel - Señora mía, Doña Restituta soy inocente.
Yo no intenté robar a Inés.
Lo que quería era impedir que Juan de Dios se la llevara porque está enamorado de ella.

Doña Restituta - Eso es imposible.
Mi Juan de Dios es bueno.

Gabriel - Tengo una carta de amor que Juan de Dios escribió a Inés y ahora mismo está en el sótano cogiendo dinero.
Vaya a verlo con sus propios ojos.

Fuimos por el pasillo hasta la entrada al sótano y, al oír el ruido de las monedas, Doña Restituta se volvió loca.
Bajó por las escaleras gritando e insultando.
Cerré rápido la puerta y puse cajas y cajas para impedir que abrieran la puerta.

Fui corriendo a buscar a Inés, que se vistió tan rápido que la vi medio desnuda.

10. La huida

Teníamos que salir rápido de aquella casa.
Fuimos corriendo hasta la Puerta del Sol.
Como era de noche, no había ruido en Madrid.
¡Bendito sea Dios, éramos libres!

Nos paramos a tomar aire y empezó a amanecer.
Era lunes 2 de mayo.

Capítulo 11.

El reencuentro con Don Celestino



11. El reencuentro con Don Celestino

Inés y yo fuimos a mi casa
y nos encontramos con Don Celestino,
que estaba allí escondido.
El pobre hombre había huido de Aranjuez.

Nos alegramos mucho
de encontrarnos los 3 juntos de nuevo.

Don Celestino - Hijos míos,
¿cómo es posible que ganen los malos?
A vosotros os persiguen los Requejo
y a mí me persiguen
los seguidores del príncipe de Asturias
por ser amigo del príncipe de la Paz.
Gabriel, nos acusan a ti y a mí de traidores.
Santurrias no me ha ayudado.

Gabriel - ¿Qué podemos hacer?

Don Celestino - Hace una semana, me visitó en Aranjuez
una señora marquesa de buen corazón.
Esa señora quiere conocer a Inés.
Vive ahora en un palacio con un gran jardín
que está en la cuesta de la Vega.
Podemos pedirle ayuda.

11. El reencuentro con Don Celestino

Gabriel - Debemos visitar a esa señora hoy mismo.
Si le parece bien,
voy al palacio de su parte
y le hablo de Inés y de lo que nos pasa.

Don Celestino - Me parece bien, pero ten cuidado hijo.

Salí de casa
y me encontré con mi amigo Chinitas.
La gente invadía las calles.

Gabriel - Pero, ¿qué está pasando?
¿Por qué hay tanta gente?

Chinitas - Los franceses se llevan a los hijos del rey.
No podemos permitirlo.
No tenemos rey ni gobierno.
¡Coge una piedra y rómpele la cabeza
al primer francés que veas!

Gabriel - Soy un hombre español de buen corazón.

Chinitas - ¿Tú quieres que te manden los franceses
y te hablen en un idioma que no entiendes?
España no sería España.

11. El reencuentro con Don Celestino

Gabriel - Claro que no quiero.
Pero, ¿no hay ministros o generales
que nos defiendan?

Chinitas - Se han ido todos.
Napoleón ha ganado en otros países,
pero aquí lucharemos.
Vamos a matarlos si no vuelven a Francia.

Gabriel - Tiemblo con lo que me cuentas, Chinitas.

Cada vez había más gente en la calle,
mujeres y hombres, enfadados y tristes, que gritaban.

Un grupo de personas rodeó a un militar francés
y escuché una explosión que me dejó paralizado.
Había muertos en la calle,
la ira de pueblo estalló de forma terrible.
La gente gritaba desde la calle y desde los balcones:
“¡Armas, necesitamos armas!”.

Había comenzado una guerra imprevista y sin plan.

Frente a la Cava de San Miguel,
un grupo de mujeres atacaba a unos franceses.
Ellos apuntaban con sus armas
y ellas luchaban con lo que encontraban,
piedras, herramientas y navajas.

11. El reencuentro con Don Celestino

Entonces vi a la Primorosa, una mujer fuerte,
una madrileña valiente que luchaba junto a los hombres.
Gritaba: “¡Viva España y el rey Fernando!”

De repente me di cuenta de que tenía un fusil en las manos,
pero no sabía cómo lo había conseguido.

Hubo un momento de calma
y al segundo empezamos a oír los tambores,
las cornetas y los caballos.

Venían más franceses.

La Primorosa preguntó: ¿Serán muchos?
Ella se reía y yo no paraba de temblar.

Capítulo 12.

El levantamiento del 2 de mayo



12. El levantamiento del 2 de mayo

Los franceses entraron en la Puerta del Sol
y la lucha fue sangrienta.
Luchábamos todos, la Primorosa, los tenderos,
las mujeres, los hombres y los nobles.

Desde los balcones, las mujeres tiraban tiestos
y todo lo que tenían en casa a los franceses.
La gente gritaba “¡Que muera Napoleón! ¡Viva España!”.
Un hombre repetía sin parar:
“¡Luchad por nuestra tierra, nuestros padres y nuestros hijos!
¡Por España!”.

Fue terrible.
Los franceses apuñalaban a las personas sin piedad.

Me encontré con el Lobo y Juan de Dios.
Juan de Dios no paraba de preguntarme por Inés.
Huimos de los franceses.
Eran las 12 del mediodía.

Juan de Dios y yo decidimos ir a mi casa a buscar a Inés.
Juan de Dios no paraba de hablar.
Yo no le contestaba
porque estaba más preocupado de que no nos mataran.

12. El levantamiento del 2 de mayo

Cuando llegamos a mi casa,
Inés y Don Celestino se alegraron de verme.
Juan de Dios estaba aturdido y pálido.

Empezamos a oír más explosiones, tiros y gritos de horror.
Inés estaba muy asustada.
Parecía que se acababa el mundo.

Juan de Dios estaba tan emocionado de ver a Inés
que no podía moverse ni hablar y se desmayó.
Inés fue a darle un vaso de agua.

Hubo otra explosión muy cerca de mi casa.
Los franceses estaban cerca e Inés lloraba.

Don Celestino estaba muy asustado,
pero salió de la casa dispuesto a luchar.
Le seguí y Juan de Dios también.
Debíamos luchar por España.

Encontré a Chinitas tumbado en el suelo,
lleno de sangre y sin piernas.
Me dio su fusil y su navaja y murió.
Se fue al cielo.
Disparé a todos los franceses que pude.

12. El levantamiento del 2 de mayo

La Primorosa gritaba e insultaba a los franceses.
Pero cuando mataron a su amiga
se quedó pálida y callada.
Todo se acabó.
Los franceses nos mataban sin parar.
Algunos escapamos al parque, pero nos perseguían.

Gracias a Dios, yo no estaba herido y pude esconderme.
Cuando intenté volver a mi casa para estar con Inés,
encontré muchos cuerpos sin vida, sangre, mujeres llorando
y personas que querían recuperar a sus seres queridos
para enterrarlos.

Encontré a Juan de Dios sangrando mucho por una mano,
con la ropa rota y desorientado.

Juan de Dios - Los franceses se han llevado a Inés
y a Don Celestino.

Me quedé como muerto ante la noticia.

Capítulo 13.

Inés y Don Celestino, presos de los franceses



13. Inés y Don Celestino, presos de los franceses

Juan de Dios y yo estábamos de pie en la calle.

Juan de Dios - Gabriel, menuda desgracia.
Los franceses han entrado
en todas las casas
y se llevaron a la gente.
Vi cómo se llevaban a Inés
y a Don Celestino.
Inés lloraba mucho.
Le pedí al militar francés que la dejara ir,
pero me pegaron tanto
que me desmayé.
Gabriel, si no ponen en libertad a Inés,
me voy a suicidar.

Al escuchar a Juan de Dios, las lágrimas salían de mis ojos.
Pero al momento las lágrimas se convirtieron en rabia.
Fui gritando por toda la calle, subí a mi casa y estaba vacía.
Me dirigí hacia el centro de Madrid sin un plan,
pero rezando para que los franceses
dejaran en libertad a mis amigos.
Juan de Dios me seguía llorando.

Fuimos a la Puerta del Sol.
Había muchas personas lamentándose
y buscando a sus seres queridos,
hermanos, padres, madres, hijos y amigos.

13. Inés y Don Celestino, presos de los franceses

Eran las 4 de la tarde.
Buscábamos noticias,
queríamos saber dónde estaban Inés y Don Celestino.

Un hombre nos dijo que los franceses
habían llevado a algunos presos a la Real Casa de Correos.

Las calles estaban llenas de militares franceses.
Registraban a todo el mundo
y, si una persona llevaba un arma,
por pequeña que fuera, como una navaja,
se lo llevaban.

Vimos patrullas de franceses llevarse a personas atadas.
Eran mujeres, ancianos y algunos hombres.
Los presos iban mudos, sabían que les esperaba la muerte.
Nadie gritaba para animar la lucha como horas antes.

Juan de Dios y yo nos organizamos
para encontrar una solución a nuestra situación.
Yo fui a ver a la señora marquesa a su palacio
y Juan de Dios fue a ver a un conocido suyo que era político.
Ninguno de los 2 encontramos ayuda ni solución.

13. Inés y Don Celestino, presos de los franceses

Gabriel - Pero, ¿dónde está Inés?

Juan de Dios - Pues en la Real Casa de Correos,
o en el Buen Suceso o en la Moncloa.
¡Yo salvaré a Inés!
Nos iremos a una isla desierta
y nos casaremos.
Aún tengo esperanza.

Gabriel - Yo también.

Juan de Dios - Gabriel vete al Retiro
y yo al Buen Suceso.
Nos encontramos en tu casa
en unas horas.

Ya era de noche, hacía frío
y oía los disparos de los franceses
y los gritos de horror.
Estaban fusilando a los madrileños.

En la puerta de El Retiro había un militar francés.

Gabriel - Señor oficial, déjeme entrar.
Estoy buscando a mi familia,
una joven de 16 años y un cura.
Póngalos en libertad, por favor.

13. Inés y Don Celestino, presos de los franceses

Los pobres son buenos.
Me puede fusilar a mí si quiere.
Le suplico que me ayude.

Hizo un gesto y me dejó pasar.

Lo que vi allí dentro me dejó sin palabras.
Los militares ataban a las personas, las ponían de rodillas
y los fusilaban sin compasión.
Había charcos de sangre.
Algunos presos lloraban, otros se abrazaban
y otros insultaban a los franceses.
Pero todos terminaban con una bala o 2 en el cuerpo.

Los más afortunados morían rápido.
Los menos afortunados quedaban heridos en el suelo
y se arrastraban entre los cadáveres hasta morir
o hasta que algún francés los llevaba al hospital.

No encontré a mis amigos y salí corriendo de allí.
Estaba mareado y me temblaban las rodillas.
No podía casi respirar ni caminar.
Me desmayé por el horror que presencié.

Capítulo 14.

Los fusilamientos



14. Los fusilamientos

Durante mi desmayo, recordé los árboles de Aranjuez y el canto de los pájaros.

Recordé también los paseos a la orilla del río con Inés, la casa de Don Celestino y las campanas de la iglesia. Recordé lo felices que éramos los 3 amigos.

Me despertó un golpe fuerte.
Eran Juan de Dios y el Lobo.
Juan de Dios me dijo que el Lobo le estaba ayudando a buscar a Inés.

Conseguí levantarme y fui a la puerta que daba a la huerta del Príncipe Pío. Había muchas mujeres buscando a sus hijos y maridos. Le pedí al militar francés que me dejara pasar. Le supliqué. Pero no me hizo caso.

Entonces saqué una navaja pequeña del bolsillo.

Gabriel - ¿Ves lo que tengo aquí?
Una navaja con la que he matado a muchos franceses.
¡Voy a matar a Napoleón!
¡Canallas, cobardes!

14. Los fusilamientos

Entonces el militar francés me dejó pasar.

Apenas caminé 2 pasos
y vi a Inés y a Don Celestino.
Los 3 nos dimos un gran abrazo.

Nos ataron y nos prepararon para fusilarnos.

Don Celestino - ¿Cómo te cogieron Gabriel?
Dios ha querido que nos maten hoy.
Hijo mío, esto es terrible
pero estas libre de pecado.

Gabriel - ¡Todos somos españoles
y todos hemos luchado
contra vosotros, franceses!

Don Celestino - ¡Cálmate, Gabriel!

Gabriel - Ya amanece.
Inés, acércate más a nosotros.
Tú no morirás.
No puedes morir.
¡Franceses, fusiladnos a todos,
pero dejad a Inés!

Don Celestino - Nosotros no valemos para nada,
pero dejen a Inés.
¿No tienen conciencia?
¿No tienen remordimientos?

Inés se abrazó a nosotros.
Don Celestino lloraba.

Entonces, un militar se acercó a Inés con una linterna,
la miró y dijo “esta”.
Allí estaban Juan de Dios y el Lobo con el militar francés,
que había estado en la tienda de los Requejo varias veces.
Desataron a Inés para entregársela a Juan de Dios.

Inés se abrazaba fuerte a nosotros.
Yo estaba como loco.
Pero vi cómo se la llevaron arrastrándola por el suelo.
Juan de Dios se la llevó.
Pensé que se me iba a parar el corazón.

Tiraron de la cuerda que nos ataba a Don Celestino y a mí.
Los franceses iban a fusilarnos.

Sentí en mi cuerpo un ruido muy fuerte,
mucho calor y después mucho frío.
Dejé de sentir mis piernas y luego todo el cuerpo.



14. Los fusilamientos

Vi luces e imágenes de Inés.
Me olvidé de todo y solo había silencio.
Por último, la nada.

